

Los sabuesos de la Transición · Libro 1



Manuel Alfonseca

El zahir de Quetzalcoatl

El zahir de Quetzalcoatl

·NARRATIVA·

Manuel Alfonseca

El zahir de Quetzalcoatl

·SCHEDAS·

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. Salvo usos razonables destinados al estudio privado, la investigación o la crítica, ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, eléctrico, químico, óptico, impreso en papel, como fotocopia, grabación o cualquier otro tipo, sin el permiso preceptivo.

© 2014 de texto, Manuel Alfonso

© 2014 de la edición, SCHEDAS

Edita: SCHEDAS, S.L.

Paseo Imperial, 43C

28005 Madrid

España

Tel.: +34 911264770

ofi@schedas.com

www.schedas.com

Primera edición: 2014

Diseño de cubiertas: MMB

Ilustraciones interiores: MMB

ISBN (impreso): 978-84-942822-1-8

ISBN (EPUB): 978-84-942822-2-5

ISBN (MOBI Kindle):978-84-942822-3-2

Impresión: CreateSpace



Índice

1. La carta	7
2. La chica de la biblioteca	17
3. Dos visitas	27
4. Un plan peligroso	37
5. Una aventura estupenda	45
6. Nuevas investigaciones	55
7. La leyenda del Zahir de Quetzalcoatl	63
8. Perseguidores y perseguidos	73
9. Un duelo intelectual	83
10. La espada del caballero	93
11. La calle de la Esperanza	101
12. Una lección de botánica... y un poco de imaginación	111
13. La habitación 101	121
14. Debajo del olmo	131
15. Una promesa inevitable	139
16. El primer enigma	149
17. El segundo enigma	159
18. El tercer enigma	167
19. El Zahir de Quetzalcoatl	177
20. Explicaciones	185
21. El final del camino	195



La carta

—Cuando se muera el abuelo, nos sacarán a todos a la calle —dijo mi hermano León.

Bueno, en realidad él no se llama León, sino Fernando de nombre, y González de apellido, como yo. Pero cuando era muy pequeño y empezó a ir al colegio, un año antes que yo, porque me lleva un año, algunos compañeros mayores se lo llevaron aparte y empezaron a tomarle el pelo y a darle empujones, como se hace siempre con los novatos, para ver si son tímidos o machotes, pero él se defendió con tal saña, que alguien dijo:

—¡Qué bárbaro! Parece un león.

Y se le quedó el apodo, pero nadie volvió a meterse con él. A mí me vino bien, porque al año siguiente, cuando fui al mismo colegio, me ahorraré muchas molestias, pues yendo con mi hermano nadie se atrevía a meterse conmigo. Porque, al revés que él, yo sí era tímido. Fue entonces cuando me enteré de que le llamaban León, pues él no lo había dicho en casa. Una vez que le llamé Fernando en el cole, me miró muy serio, puso cara de enfadado y dijo:

—En casa soy Fernando, pero aquí me llamo León. Ya lo sabes.

Porque resulta que a él le gusta ese apodo. Por eso, siempre que tengo que decir su nombre fuera de casa, le llamo así. Y como esto que estoy escribiendo no lo van a leer mis padres, ni nadie, aparte de mi hermano y Vicky, por eso aquí también le llamo León. Pero me parece que me estoy adelantando.

El abuelo del que hablaba León no es el padre de mi madre, que se murió hace cinco años, ni el de mi padre, que todavía vive, sino Francisco Franco, el jefe del estado, el caudillo, el dictador, el que ganó la guerra civil. Y lo dijo porque ese otoño Franco se estaba muriendo desde hacía semanas, pero no acababa de morir. Todos los días, en la tele, nos contaban con detalle las perrerías que le hacían los médicos para evitar que se muriese. Corría el rumor de que en realidad ya se había muerto y nos lo estaban ocultando, pero yo no me lo creí.

Mi hermano tenía dieciocho años y hacía la mili en el ejército del aire. Le habían destinado aquí mismo, en Sevilla, donde vivimos, y tenía permiso para dormir en casa, aunque iba al cuartel cada mañana, y cuando le tocaba guardia pasaba la noche allí. Estaba tan orgulloso de su uniforme azul, que lo llevaba puesto incluso en casa, donde no tenía obligación de ponérselo.

Según él, en cuanto Franco terminara de morir, habría disturbios y sacarían las tropas para reprimirlos. Por eso dijo lo que dijo:

—Cuando se muera el abuelo, nos sacarán a todos a la calle.

Levanté la cabeza para mirarle, porque yo estaba sentado en el sofá, con un libro que había sacado de la biblioteca esa misma tarde y que aún no había tenido tiempo ni de abrir, porque mi hermano me había interrumpido. Él acababa de llegar del cuartel y estaba de pie, plantado delante de mí, como si me desafiara. Como lo conocía bien, me di cuenta de que estaba buscando camorra, pero yo no tenía intención de dejarme arrastrar. Siempre que hacía esto, yo trataba de vencerle con la inteligencia, porque con la fuerza física no tenía nada que hacer. No es que él fuese tonto y yo un alfeñique, pero creo que está claro lo que quiero decir.

—Me parece que estás deseando que pase algo gordo —dije.

—No es que lo esté deseando. Es que va a pasar —dijo, relamiéndose como si tuviera delante o se imaginara un pastel riquísimo. —Y no será ese paripé de la marcha verde que ha montado el rey de Marruecos. Será algo más serio, ya lo verás...

Por mucho que lo negase, estaba claro que él sí quería que pasara algo. A mi hermano le encan-

ta meterse en líos, no sabe vivir sin ellos. A mí, en cambio, no me gustan, porque no soy un león como él, soy bastante cobarde. Prefiero leer un rato tranquilamente. Poco imaginaba yo que estábamos a punto de meternos los dos en un lío mucho más grande que ninguno que mi hermano o yo hubiésemos podido imaginar. ¿A punto, he dicho? En realidad, ya estábamos metidos de lleno en el lío. Tenía la prueba en la mano, aunque entonces no lo sabía. Pero otra vez me estoy adelantando.

Al ver que no le contestaba, ni le llevaba la contraria, mi hermano se inclinó sobre mí.

—¿Qué libro es ese? —preguntó—. Es muy gordo. ¿De dónde lo has sacado?

—De la biblioteca —dije.

—A ver, déjamelos.

Tomó el libro, lo hojeó, dio un silbido y lo sostuvo con la punta de los dedos, como si se quemara.

—Gonzalo, tú has perdido la chaveta —exclamó.

Sí, es verdad, me llamo Gonzalo González. Ya sé que suena chusco, una broma pesada de mi padre. Bueno, en realidad no es una broma, para él es algo serio. Menos mal que la gente hoy lee poco, y en el colegio casi no se estudia literatura, por eso todavía no se le ha ocurrido a nadie añadirme lo *de la Gonzalera*, como en la novela de Pereda. Lo que pasa es que mi padre y mi

abuelo están convencidos de que nuestra familia descende en línea directa, como ellos dicen, de Fernán González, el primer conde independiente de Castilla, y de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Por eso mi hermano y yo nos llamamos como nos llamamos.

Y por eso mi hermano, a veces, cuando se enfada conmigo o quiere vacilar, me llama el pequeño capitán. Dice que Gran Capitán no hay más que uno, y que en nuestra generación le toca a él, no a mí, desempeñar ese papel.

—¿Qué te pasa? —pregunté, tratando de recuperar el libro, pero mi hermano retiró la mano, para que no pudiera cogerlo—. ¿Por qué te sorprende?

Yo sabía por qué lo hacía, pero quería que él me lo dijese, porque tenía preparada la respuesta. León frunció la cara como si el libro le diera asco.

—¡El Quijote! ¿Cómo se te ocurre leer esto?

—¿Sabes por qué quería Mallory subir a la cima del Everest?

—¡Claro que lo sé! Porque está ahí.

—Pues eso.

—¿Es que vas a subir al Everest?

—¿Para qué? Ahora sube mucha gente.

—¿Entonces?

—El Quijote también está ahí, pero casi nadie lo lee. Por eso se me ocurrió que sería divertido leerlo.

—Quieres ser original ¿no?

—Más o menos.

—Pues que te aproveche —dijo, echándome el libro encima.

Al caer sobre mis rodillas, se abrió por la mitad. De entre sus páginas salió revoloteando un pedazo de papel. Como el libro era grande y pesaba mucho, al caerme encima me hizo daño. Mientras lo sujetaba con una mano y me frotaba la rodilla con la otra, no presté atención al papel, pero mi hermano lo había visto caer, se agachó y lo recogió.

—¿Qué es esto? —dijo—. Parece una carta.

No era una carta: era *la carta*. O, por decir mejor, *la media carta*, porque de la cuartilla original, escrita por una cara y con la otra en blanco, sólo quedaba la mitad. La tinta estaba desvaída, hasta el punto de que casi había desaparecido, pero la letra era muy clara y con un poco de esfuerzo se podía leer casi todo lo que ponía. Mi hermano la leyó en voz alta. Decía esto:

Madrid, 24 de enero de 1878

Querido Marcos:

Ayer, en la basílica de Atocha, asistí a la boda del rey con doña Mercedes de Orleáns. Fue muy bonito. Se les nota que están los dos muy

enamorados. El desfile desde el templo al palacio real fue impresionante. El público, entregado, vitoreó continuamente.

Siento mucho que no hayas podido viajar conmigo y espero que a mi vuelta te hayas recuperado por completo. Me parece que estos últimos meses has sobrepasado tus fuerzas. ¿Crees de verdad que vale la pena poner en peligro tu salud y tu vida por ese objeto del que me hablaste? Sobre todo, si tienes razón al pensar que puede ser peligroso. Espero que no llegue a causar tu ruina, aunque me parece un poco exagerado lo que dices, que podría convertirse en el azote de la humanidad.

Por favor, hasta que yo vuelva, pon [...]ja otra vez [...] olmo. Y [...]tras la llave...

Cuando terminó de leer, nos miramos en silencio durante un buen rato. León se sentó frente a mí y repasó dos o tres veces el escrito. Yo no tenía necesidad de leerlo: las palabras se me habían quedado grabadas. Por fin, mi hermano fue el primero en hablar:

—¿Qué opinas de esto?

—No sé qué pensar.

—Parece muy antiguo. No creo que sea una falsificación.

—Déjame verlo.

Me pasó el papel.

—La letra es de mujer —dije, después de echarle una ojeada.

—¿Cómo lo sabes?

—Es demasiado bonita para ser de hombre.

—En el siglo XIX escribían todos muy bien.

—Dice que el rey estaba muy enamorado. Eso no lo escribe un hombre.

—Puede que tengas razón.

—Es la carta de una mujer noble, escribiendo a su marido enfermo.

—Oye, ¿de dónde sacas todo eso? ¿Eres Sherlock Holmes o Hércules Poirot?

—Esa mujer no podía ser una persona cualquiera, estaba invitada a la boda del rey. Estaban invitados los dos, pero él no pudo ir porque estaba enfermo.

—Trae acá, quiero volver a leerlo.

Le pasé el papel.

—¿Y qué será ese objeto del que habla? —preguntó mi hermano.

—A mí también me gustaría saberlo.

De pronto, León me devolvió la carta y se puso en pie.

—De aquí no vamos a sacar nada. Yo que tú, la tiraría a la basura y me pondría a leer el Quijote. Total, ¿qué más da? Es una manera tan buena como la otra de perder el tiempo.

Y salió de la habitación, pero yo no seguí su consejo. Dejé el libro en el sofá, volví a leer la carta y cerré los ojos... Tenía muchas cosas en que pensar.



La chica de la biblioteca

Al cabo de un rato volví a coger el libro, pero no para leerlo. Me preguntaba qué hacía una carta de 1878 dentro de un ejemplar de biblioteca de una edición del Quijote de... ¿de cuándo? Aquí lo ponía: de 1965. Por lo tanto, la carta había sido escrita casi un siglo antes que el libro donde la encontré. ¿Cómo llegó allí?

No tuve que pensar mucho para deducirlo. Este ejemplar había pasado por muchas manos. La carta debió de pertenecer a alguna de las personas que lo sacó antes que yo. Quizá sin darle la importancia que merecía, utilizó un trozo como señal o *ex libris*, para marcar el punto de lectura. Cuando devolvió el libro a la biblioteca, se quedó dentro. El otro trozo, el que faltaba, debía de contener información muy interesante. Entre otras cosas, la firma de la autora. Pero ¿cómo encontrarlo? Iba a ser difícilísimo, pero tal vez no imposible. Decidí seguir pensando, a ver si se me ocurría alguna manera.

El libro tenía pegada una tarjeta con la fecha en que yo debía devolverlo, el 20 de noviembre,

pero también aparecían en ella las fechas de devolución de los préstamos anteriores. Saqué la tarjeta y las estudié. Poco antes que yo, alguien lo había sacado dos veces, porque las dos últimas fechas, 15 y 29 de septiembre, eran consecutivas: el préstamo de esta biblioteca dura catorce días. Como el Quijote es un libro voluminoso, no me extrañó que, quien fuese, no lo hubiese terminado de leer en dos semanas.

¿Sería esta persona quien se había dejado la carta? No necesariamente, pero no me parecía probable que el papel llevara mucho tiempo en el libro: más pronto o más tarde, algún lector lo habría tirado. Miré las fechas de otros préstamos: el anterior era del 18 de julio y el anterior a éste del 14 de abril. Luego pasaban al año 1974. Así que yo tenía razón, cuando le dije a León que el Quijote no lo lee mucha gente. Aquí tenía la prueba: sólo cuatro lectores en un año, contándome a mí.

El paso siguiente era descubrir quién había sacado el libro, pero ese dato no figuraba en la tarjeta. Seguro que en la biblioteca lo tenían. Para descubrirlo tenía que esperar al día siguiente, porque ya era tarde y habrían cerrado. Estaba nervioso, me parecía imposible resistir la incertidumbre. Para distraerme, abrí el libro y empecé a leer:

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...

Es curioso, al poco me había metido hasta tal punto en la historia de don Quijote, que me olvidé por completo de la carta. Me acordé mientras me acostaba, y me costó trabajo dormirme. En cuanto a mi hermano, durante la cena no había dicho palabra de la carta y después se puso a ver la tele, por lo que supuse que ya no le daba importancia.

Por fin amaneció el día siguiente, pero yo no podía ir a la biblioteca hasta la tarde, porque tenía que ir al colegio, donde estaba haciendo el curso de orientación universitaria. A las cinco, cuando quedé libre, salí corriendo, sin pararme a hablar con nadie, y llegué casi sin aliento. Antes de entrar en la biblioteca esperé un poco para recobrarlo. Al ver quién estaba en el mostrador, se me escapó un suspiro, mezcla de alivio y de anhelo. Anhelo, porque esa chica me gustaba, aunque nunca me había atrevido a decirle nada. Alivio, porque me parecía que sería más fácil sacarle información a ella que a la señora que estaba generalmente atendiendo al público, la que el día anterior me había procesado el préstamo del Quijote.

Saqué la tarjeta del bolsillo y me acerqué al mostrador, donde en ese momento no había nadie. La chica me miró sin mucho interés y esperó a que le dijese qué quería. Como no sabía cómo abordar el asunto, fui al grano sin perder un momento:

—¿Podrías decirme quién sacó este libro antes que yo?

Cogió la ficha, la miró, puso cara de sorpresa, consultó el cuaderno donde se anotaban los préstamos, se volvió, mirándome con recelo y me preguntó:

—¿Para qué quieres saberlo?

Decidí decirle la verdad.

—Es que he encontrado una cosa dentro del libro y quería devolvérsela.

—Déjala aquí. Ya nos encargaremos nosotros de devolverla.

—Prefiero hacerlo yo, en persona.

La chica me miró de arriba abajo.

—El caso es que no pareces un fresco —dijo entre dientes, sin dirigirse realmente a mí, y tan bajo que me costó entenderla.

—No sé qué quieres decir —dije, tratando de poner cara de dignidad.

—¡Vamos, hombre! —exclamó la chica, después de una pausa. —No creerás que me lo he tragado. Tú sabes muy bien quién sacó ese libro antes que tú.

Me quedé atónito.

—¿Y cómo voy a saberlo? Yo sólo lo saqué ayer, y hace más de un mes que lo devolvieron.

La cara de asombro que puse debió de ser convincente, porque la chica cambió inmediatamente de opinión.